



e-I@tina. Revista electrónica de estudios
latinoamericanos
ISSN: 1666-9606
revista.elatina@gmail.com
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Las derechas y sus derivas conceptuales. Punto de fuga en Paraguay. ¹

Soler, Lorena

Las derechas y sus derivas conceptuales. Punto de fuga en Paraguay. ¹
e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 21, núm. 82, 2023
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496473258009>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Las derechas y sus derivas conceptuales. Punto de fuga en Paraguay. ¹

Lorena Soler lorenamarinasoler@gmail.com
CONICET- Universidad de Buenos Aires., Argentina

Resumen: El artículo asume que es posible problematizar sobre una nueva derecha en el siglo XXI. A partir de la especificidad de la coyuntura histórica en que ésta surge, marcada por la politización de las desigualdades sociales y el ideario democrático como sentido político legítimo, se busca indagar en las características centrales de su composición, en los actores como productores de ideología y en una nueva forma de institucionalidad basada en la vinculación que entabla con el Poder Legislativo y el Poder Judicial. Por último, revisa cómo estas transformaciones han impactado en la vida política del Paraguay a partir de la destitución de Fernando Lugo, y cómo han facilitado la configuración social de las derechas locales. Para ello presenta algunas características de los cambios operados en el sistema político paraguayo, las pautas de un nuevo electorado y las identidades y las formaciones partidarias.

Palabras clave: Derechas, siglo XXI, Paraguay.

Abstract: The article assumes that it is possible to problematise a new right in the 21st century. Based on the specificity of the historical conjuncture in which it emerged, marked by the politicisation of social inequalities and the democratic ideology as a legitimate political sense, it seeks to investigate the central characteristics of its composition, the actors as producers of ideology and a new form of institutionality based on the links it establishes with the legislative and judicial branches. Finally, it reviews how these transformations have impacted on Paraguay's political life since the ousting of Fernando Lugo, and how they have facilitated the social configuration of the local right-wing. To this end, it presents some characteristics of the changes in the Paraguayan political system, the patterns of a new electorate, and party identities and formations.

Keywords: Right-wing, 21st century, Paraguay.

e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 21, núm. 82, 2023

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Recepción: 30 Octubre 2022

Aprobación: 02 Noviembre 2022

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496473258009>

Presentación

En América Latina, la década de 1990 se distinguió por la hegemonía del paradigma neoliberal. En términos estructurales, se llevó a cabo un programa de políticas de ajuste en el marco del Consenso de Washington basado en reformas fiscales, privatizaciones, reducción del gasto público y desregulación económica. Todo ello permitió una brutal transferencia de recursos estatales a capitales privados y un conjunto de prácticas económicas y políticas orientadas a limitar el rol del Estado. En el plano político e ideológico, se consolidó una concepción basada en una filosofía del individuo posesivo (Mouffe, 2018). Sin embargo, desde 1999, surgieron en el escenario global las grandes movilizaciones y manifestaciones de Seattle, que marcarían una nueva fase de resistencia a la globalización neoliberal. En el plano local, ese mismo año fue el momento de la grave crisis financiera y el feriado bancario que culminaría con la dolarización de la economía en Ecuador, Hugo Chávez asumía

el Gobierno de Venezuela y, a partir de 2001, aparecerían los sucesivos foros mundiales organizados en Porto Alegre, que luego se extenderían a otros puntos del mundo. Todo esto implicó la inauguración de un ciclo de transformaciones políticas y sociales que en poco tiempo tomó dimensión regional.

Las consecuencias sociales del proceso llevaron a la región a transitar por una profunda y generalizada crisis, cuya respuesta fue la constitución de dos campos político-ideológicos novedosos: **las nuevas fuerzas de izquierda y las nuevas fuerzas de derecha**. En el marco de esta dicotomización, fue evidente la presencia de una diversidad de actores que legitimaron discursos de rechazo al neoliberalismo, en un contexto marcado por el conflicto social y por la presencia significativa de los más diversos movimientos sociales, organizaciones políticas y expresiones más anómicas —como “ciudadanos indignados”— que adquirieron protagonismo creciente. Esta coyuntura propició el surgimiento de Gobiernos denominados alternativamente como posneoliberales, nueva izquierda, antineoliberales o populistas (Soler, 2020). En estas experiencias convivieron, de manera contradictoria y en el contexto del superciclo de los commodities, la tendencia a la inclusión política y social y un pacto con el capital económico (agronegocios, industria, extractivismo minero y petrolero), que finalmente lograron democratizar la participación social, política y económica y generaron órdenes sociales más igualitarios (Leiras, Malamud y Stefanoni, 2016).

No obstante, desde el 2008 empezó a vislumbrarse una primera etapa de agotamiento de los Gobiernos que conformaban el ciclo de la nueva izquierda. El modelo económico no logró revertir exitosamente los condicionantes estructurales propias de las economías latinoamericanas (Svampa, 2017), y la imposibilidad de contener el conflicto social y de viabilizar los reclamos de distintos sectores sociales puso en evidencia las dificultades para construir proyectos hegemónicos.

Durante este ciclo y como parte de un régimen de historicidad específico (Traverso, 2018), las derechas latinoamericanas, tanto las que permanecieron en la dirección de los Gobiernos como las que se encontraban en la oposición, se vieron condicionadas y compelidas a configurar las estrategias de intervención política. Así, recrearon nuevas alianzas sociales, discursos y formatos de representación, pues tuvieron que interpelar al electorado en un escenario de **politización de la desigualdad** (Rovira Kaltwasser 2014) y de democratización de las prácticas políticas, que tenía al orden democrático como un único horizonte de sentido.² Asimismo, reconfiguraron su relación con el Estado y dieron inicio a la constitución de una nueva institucionalidad basada, principalmente, en su vinculación con el Poder Legislativo y con el Poder Judicial.

Ahora bien, las fuerzas de derecha no son nuevas en el mundo y tampoco en América Latina. Solo para reducirla a la segunda mitad del siglo pasado, es posible distinguir la derecha dictatorial (1964 a 1985); después, la derecha neoliberal (1985 al 2000), y ahora, las “nuevas” derechas, que surgen a partir del 2000 de la mano de Piñera (2010-2014

y 2018) en Chile; Federico Franco (2012-2013), Cartes (2013-2018) y Abdo Benítez (2019) en Paraguay; Macri (2015-2019) en Argentina; Temer (2016-2018) y Bolsonaro (2019) en Brasil; Morales (2016-2020) y Giammattei (2020) en Guatemala; Moreno (2017) en Ecuador; Duque (2018) en Colombia; Bukele (2019) en El Salvador; Lacalle Pou (2020) en Uruguay y el Gobierno de facto de Añez (2019) en Bolivia. A esta tercera etapa y a este heterogéneo mapa nos vamos a referir.

¿Qué características tienen estas “nuevas derechas”?

I

Estas nuevas derechas, bajo una nueva composición social dada por el encuentro de nuevos y viejos actores (militares, burguesías locales, think tanks, intelectuales, partidos políticos y religiosos), se recrearon en una *coyuntura histórica específica* tras la crisis del consenso neoliberal (en los inicios del siglo XXI) y accedieron predominantemente al poder tras el cierre del ciclo progresista-populista de América Latina. Durante este ciclo, las derechas latinoamericanas —tanto las que permanecieron en la dirección de los Gobiernos como las que se encontraban en la oposición— debieron configurar sus estrategias de acción e intervención política en un contexto en el que los actores habían politizado los niveles de desigualdad existentes y habían logrado movilizar al electorado en función de este tópico.³ Además, se trataba de un escenario en el que el consenso ideológico se caracterizaba por la apelación a la democracia como fuente de legitimidad del orden político de la región: de derecha a izquierda, todos los políticos ganaron elecciones y se legitimaron a partir del poder emanado del pueblo y encausado en las urnas. Tan indiscutible es ese horizonte ideológico, que los golpes de Estado de Haití, Honduras, Paraguay y Brasil se hicieron en los “estrictos marcos legales” de la democracia. O bien en Bolivia, apelando a que la voluntad soberana había sido profanada en los comicios.

Ahora bien, no solo hay “nuevas” derechas recreadas en oposición a los Gobiernos de izquierda, sino “nuevas” derechas en países donde las políticas neoconservadoras se han mantenido con relativa continuidad desde la implementación del neoliberalismo (Paraguay, Colombia, Honduras y Panamá, entre otros). En estos casos, las nuevas élites desafiaron a los políticos “tradicionales” y utilizaron las formaciones partidarias centenarias para desplazarlos; interpretaron el ejercicio político de la nueva época y se posicionaron en el electorado.

Juan Pablo Luna y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2014) ofrecen una tipología muy eficaz para ordenar el universo de análisis de las derechas: la derecha no electoral, la derecha electoral no partidaria (es decir, las expresiones políticas por fuera de los conglomerados partidarios tradicionales) y la derecha partidaria (partidos nuevos como el partido Propuesta Republicana de Argentina, o SUMA de Ecuador). Agregamos nosotros que existen, además, derechas que cooptan a los partidos tradicionales para resguardarlos de sus crisis, como ha sido claramente la experiencia de Horacio Cartes en Paraguay o la de Sebastián Piñera en

Chile y, recientemente, la de Luis Lacalle Pou, que intenta aggiornar a la derecha uruguaya.

Por otro lado, es posible diferenciar dos tipos de derechas, nunca tan puras pero sí con rasgos más pronunciados, de la siguiente manera: las *nacionalistas conservadoras*, representadas por Trump, Bolsonaro y Abdo Benítez, que llevan como ideario una vuelta al pasado, y aquellas *renovadoras y tecnocráticas*, que hacen del neoliberalismo su práctica política: Piñera, Macri, Cartes, Duque. Las derechas *nacionalistas conservadoras* realizan una reivindicación de la comunidad nacional homogénea y apelan, como en el fascismo clásico, a encontrar un "enemigo nacional" al que culpar: inmigrantes, musulmanes, "izquierdistas", "rojos" y minorías sexuales. Trump y Bolsonaro, siguiendo a Traverso (2018), pueden entenderse como "celebridades del posfascismo", es decir, líderes de la derecha que movilizan masas operando en las redes sociales y la televisión.

Los vínculos y contactos de Trump con actores, referentes o movimientos internacionales de diversas derechas (desde conservadores tradicionales que aceptaban sus políticas, aunque ponían reparos en su estilo o tono, a reivindicaciones del fascismo que veían en el presidente republicano una verdadera democracia iliberal) llevaron a que distintos análisis subrayasen el carácter internacionalizado de esas "nuevas derechas". Ello coincidió con la inquietud que despertaron en sectores progresistas, pero también entre derechas moderadas, la capacidad de articulación supranacional de los liderazgos y las agendas neoderechistas. Estas no eran una novedad, pero devino un punto a destacar: la articulación internacional de las derechas expuso una serie de pautas comunes que impactó sobre el perfil de las "nuevas derechas", desde una agenda global a figuras transnacionales, pasando por la adaptación local de temas y slogans o circulación de actores.

II

Como mencionamos, estas "nuevas" derechas afirman la democracia liberal en un sentido instrumental y defienden la totalización del mercado mediante un llamado a la recuperación del diálogo y las virtudes republicanas. Asimismo, recurren a una ideología parlamentarista para generar un clima destituyente que puede desembocar en la apelación a mecanismos democráticos que desconocen y vulneran la voluntad soberana del electorado, so pretexto de garantizar la continuidad de esa misma democracia, sin hacer uso de la ruptura autoritaria ni de la violencia directa como nota distintiva. Las estrategias políticas predominantes se nuclean en torno a la aparición en escena de sus referentes y a la representación de éstos como *outsiders* de la política (aunque generalmente no lo son)⁴, muchas veces como reacción frente a una clase dirigente fuertemente deslegitimada. Aun cuando los dirigentes sean políticos con una larga trayectoria, subrayan su condición de externalidad; afirman preocuparse por el Estado, al que entienden como un ideal de "lo público", y por el pueblo, al que consideran como la parte pura de la comunidad, pero se muestran contrarios a la política, a la que perciben como el lugar donde está lo "viejo":

política tradicional, ideología, electoralismo, partidocracia, corrupción y demagogia. La derecha sostiene encarnar una estricta renovación moral, una revolución cultural con las herramientas del mundo empresarial; de ahí que estos Gobiernos también pueden ser entendidos dentro de la categoría *populismo de derecha* en la medida en que mantienen una estrategia “con políticas redistributivas ‘hacia arriba’, a lo que agregan un fuerte énfasis en la necesidad de mantener ciertas jerarquías sociales que consideran ‘naturales’ y una obsesión xenófoba por defender los límites de la comunidad política frente a factores designados como contaminantes de la pureza del ‘verdadero pueblo’ ”(Casullo, 2019).

III

Es posible observar una nueva institucionalidad entre las derechas y el Estado. Las fuerzas de derecha, luego del ciclo progresista-populista, se reconstruyeron sobre las instituciones de la democracia formal y crearon nuevas formas de vinculación, principalmente con el Poder Legislativo y el Poder Judicial, con el fin de consagrar un nuevo orden social y de convalidar y dotar de legitimidad sus estrategias políticas para acceder al Gobierno y al Estado. El Poder Legislativo ha tenido un rol fundante en los denominados “nuevos golpes de Estado del siglo XXI” (“neogolpismo”) caracterizados por una nueva modalidad de interrupción del orden democrático en nombre de la democracia y sin la ruptura de la continuidad del régimen. El Poder Legislativo, tanto en Paraguay como Brasil, se constituyó en el espacio institucional para la organización de las derechas y sus expresiones partidarias en oposición a los Gobiernos de Fernando Lugo y Dilma Rousseff.

En Paraguay, las derechas representadas en el Poder Legislativo, principalmente en el ANR-Partido Colorado y en el Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA) —protagonistas desde 1887 de un longevo bipartidismo—, fueron las que aprobaron el juicio político contra Fernando Lugo (2012), que se ejecutó de forma *express* vulnerando garantías constitucionales elementales del Estado de derecho. ⁵ En Brasil, el *impeachment* contra Dilma Rousseff (2016) pudo concretarse a partir de la conformación de una clase política integrada por diputados provenientes del Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), entre otros de igual o menor envergadura, aun sin que pudiera probarse el “crimen de responsabilidad” que lo justificara. La posterior convocatoria a elecciones y el triunfo del excapitán del Ejército Jair Bolsonaro, se producen bajo los procesos judiciales promovidos contra miembros del Partido de los Trabajadores (PT) y, principalmente, contra Lula da Silva.

Respecto del Poder Judicial, este ha comenzado a ocupar un lugar destacado en la elaboración de las estrategias políticas de las nuevas derechas bajo la modalidad de *lawfare* ⁶, doctrina regional que emplea los procesos judiciales para perseguir a políticos y funcionarios; los procesamientos de Lula da Silva, Cristina Fernández de Kirchner, Rafael Correa y Evo Morales han sido los más emblemáticos. El acercamiento a este poder permite evidenciar las lógicas internas del sistema judicial a partir de las experiencias de jueces, fiscales, abogados y periodistas y la conformación de una élite profesional o *expertise* legal que da cuenta del

emparentamiento con las clases dominantes y, por lo tanto, la proximidad de los intereses entre los detentadores del poder simbólico (jurídico) y los detentadores del poder temporal, político o económico. El vínculo entre las derechas y el Poder Judicial se expresó en la promoción de procesos judiciales contra políticos y funcionarios que formaron parte de los Gobiernos del ciclo progresista-populista, siendo la corrupción uno de los puntos centrales para las acusaciones. En Brasil, el *Lava Jato* (2014) constituye uno de los procesos judiciales de mayor impacto social, cuyo desenlace marca un punto de inflexión en la historia política brasileña con la condena y el encarcelamiento de Lula da Silva.

Discursos, ideologías y “opinión pública”

Las nuevas derechas, a diferencia de los “nuevos Gobiernos de izquierda”, apelan a un lenguaje pospolítico que propicia la disolución de la conflictividad social en términos clasistas y, en el discurso, pondera la defensa de una democracia dialógica y de consensos. Dicha apelación discursiva, que conserva de todas maneras dirigentes de la política tradicional partidaria a la hora de viabilizar los proyectos políticos, elude la polarización confrontativa, rasgo netamente populista y presente en el ideario de muchas de las alternativas progresistas; la política es reemplazada por la vana ilusión del final de las ideologías y la concepción de la “gestión de los asuntos sociales como algo técnico”, como campo de expertos dedicados a resolver problemas, cuestiones y necesidades puntuales.⁷ De esta manera, es posible reivindicar el equipo gobernante como tecnocracia eficiente, como espacio colectivo y horizontal que se enfrenta a los “liderazgos fuertes”.

Como parte de esta reproducción de la ideología, estas nuevas derechas plantean una nueva relación con el conocimiento sobre la política y con las formas de producción de las representaciones sociales; en rigor, podemos pensar en unas derechas motorizadas por los medios de comunicación, las editoriales, las redes tecnocráticas y los think tanks, que a la vez transitan por redes sociales y generan circuitos cerrados de comunidades. Estas estrategias se despliegan en tres ámbitos: las instituciones estatales (especialmente en el nivel subnacional), la sociedad civil (en particular, los medios de comunicación y los think tanks o centros de pensamiento) y la formación de identidad (sea territorial o sectorial).

Todos los estudios indican que la cantidad de think tanks aumentó considerablemente en la región a partir del “giro progresista” y que éstos han logrado una mayor gravitación en el campo político⁸. En estas condiciones, las redes de expertos se han vuelto agentes poderosos y fortalecidos en el campo del saber y, por lo tanto, parte explícita de las estrategias “no electorales” que despliegan las derechas “en la oposición” o “en el Gobierno”. Como destacó Pablo Stefanoni (2021), el antiprogresismo y el activismo contra lo políticamente correcto enmarcan discursos y acciones de las “nuevas derechas”, desde perspectivas que por ello mismo pueden entenderse como rebeldes. Allí aparece una clave para comprender que, en parte, en diversos casos nacionales estos fenómenos

crecieran contra gobiernos progresistas, pero también a la derecha de administraciones de centro-derecha o derechas *mainstream*, a las que al mismo tiempo pueden reformular o coaligarse con ellas: posiblemente, de esas dinámicas acabe por emerger un rostro más uniforme para esa diversidad que hoy llamamos “nuevas derechas”.

Los think tanks sustituyen los modelos ascendentes de formación de opinión y preferencias por vía de su capacidad profesional para enmarcar problemas, desarrollar guiones argumentativos, asignar soluciones y sugerir explicaciones claras y fáciles de comunicar. Los think tanks, de la mano de los grupos mediáticos y los productores culturales en general, han tenido un papel gravitante en “plantar” agenda en temas tan sensibles como los derechos de las minorías, la problemática de género, la salud reproductiva, las reformas impositivas. En Paraguay y Brasil, además, es posible identificar la apelación a los imaginarios anticomunistas para activar representaciones políticas ligadas a la Guerra Fría, en busca de despertar algún atisbo de legitimidad para justificar, incluso, acciones en contra de la constitucionalidad. Son además contrastables las campañas desplegadas en torno a la conflictividad rural y el Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP).

Las industrias culturales, el periodismo y el sistema de medios de comunicación, así como los llamados “intelectuales mediáticos”, emergieron como actores sociopolíticos y usinas insoslayables para la formación de la cultura política y actúan en la producción de las ideas y en su difusión en el gran público. Como portavoces de la sociedad civil, los intelectuales mediáticos adquieren renombre a costa del desprestigio de la clase política, cuestión que lleva a la situación paradójica en la que el debate político se apoya en la “inercia antipolítica” que favorece a la derecha. El “liderazgo moral” de los comunicadores se encuentra atravesado por la lógica espectacular; en este sentido, es relevante atender a la articulación entre el sistema de medios, las redes sociales y el mercado editorial en la construcción de voluntades y sentimientos políticos. Un marcado ejemplo de este cambio en la producción cultural lo representan los “intelectuales globales de la derechas” Nicolás Márquez y Agustín Laje, quienes, invitados por la Fundación Issos para la Libertad y el Desarrollo, presentaron su éxito editorial *El libro negro de la nueva izquierda*. Allí pregonan una mirada conservadora y de cercenamiento de los derechos y libertades, especialmente en el campo de las elecciones sexuales y de género. También dieron una conferencia en el Partido Colorado, en la que el propio candidato colorado Mario Abdo Benítez declaró “que se sintió incómodo, pero que escuchar las ideas de personas que piensen diferente no significa que la comparta y atribuyó la propuesta de campaña a la Iglesia católica”.⁹

Asimismo, el rol de las comunidades religiosas en la conformación de las fuerzas de derecha tiene cada vez mayor gravitación. El rol jugado por el pentecostalismo en la escena política regional y, particularmente, en el proceso de desestabilización del Partido de los Trabajadores (PT) y la victoria obtenida por Jair Bolsonaro en Brasil en 2019, así como su peso en Paraguay, pondera la afinidad de intereses y valores de los

representantes de este culto con los partidos de derecha o con los partidos de masas que apoyan propuestas de derechas. El ministro de Educación del presidente Horacio Cartes, Enrique Riera, prometió quemar y prohibir los libros que hicieran referencia a la “ideología de género” y promovió la capacitación de docentes en la Fundación Joven, ONG evangelista, que propone “restaurar la familia como núcleo fundamental de la sociedad paraguaya”. Además, estableció convenios para que los pastores brinden charlas de educación sexual en las escuelas públicas y privadas. Mario Abdo Benítez, sucesor de Cartes, continuó con la misma línea en el Ministerio de Educación y sumó uno nuevo, el Ministerio de Obras Públicas y Comunicaciones. En su Gobierno es notorio el avance de los discursos “provida” y antiderechos, que promueven el odio hacia los movimientos feministas y las diversidades sexuales, y dan lugar al replanteamiento de las iniciativas legislativas en ámbitos como el de los derechos sexuales y reproductivos.

Imprecisiones futuras

En términos de mapeo, en los años que siguieron al triunfo de Trump en los Estados Unidos, las derechas de la región ganaron una centralidad y radicalidad destacables. En parte porque diversos políticos buscaron representar el Trump local en los diversos casos, en parte porque la agenda del trumpismo impactó en la visibilización de fenómenos regionales. Las perspectivas marcadas por el nacionalismo y los valores conservadores fueron más visible en el caso brasileño, así como en el paraguay, con Mario Abdo Benítez (quien llegó a la presidencia con Bolsonaro, el mismo 2018), que articularon con ideas y medidas neoliberales, mientras que las perspectivas basada en el neoliberalismo fue más pronunciada en los gobiernos de Mauricio Macri en Argentina (2015-2019), Sebastián Piñera en Chile (2018-2022, tras un primer gobierno en 2010-2014) y Luis Lacalle Pou en Uruguay (desde 2020). Lo que la dinámica reciente expuso es que las “nuevas derechas” crecieron de modo dispar en esos países, pero con una marca que permite exponer diferencias: en los primeros casos, lo hicieron en vínculo con los gobiernos (incluso cuando buscaron enfrentarlos, terminaron articulados, algo muy visible en Paraguay), mientras que en el segundo lo hicieron fuera de ellos e incluso en contra, acusando a esas administraciones por no ser lo suficientemente derechistas o ser reversiones de los progresismos. Así, en la Argentina pudo haber dos candidatos presidenciales ubicados a la derecha de Macri en las elecciones de 2019 y actualmente el crecimiento del economista Javier Milei expone el peso de las vertientes radicalizadas; en Chile, el abogado José Antonio Kast dejó atrás a las formaciones tradicionales de las derechas y llegó a disputar la segunda vuelta presidencial contra el finalmente ganador, su joven colega Gabriel Boric; en Uruguay, finalmente, el Partido de la Gente, Cabildo Abierto o iniciativas como Un solo Uruguay buscan superar el clivaje entre progresismo y centro-derecha característico del sistema político uruguayo, pero con dinámicas (e impacto) desiguales.

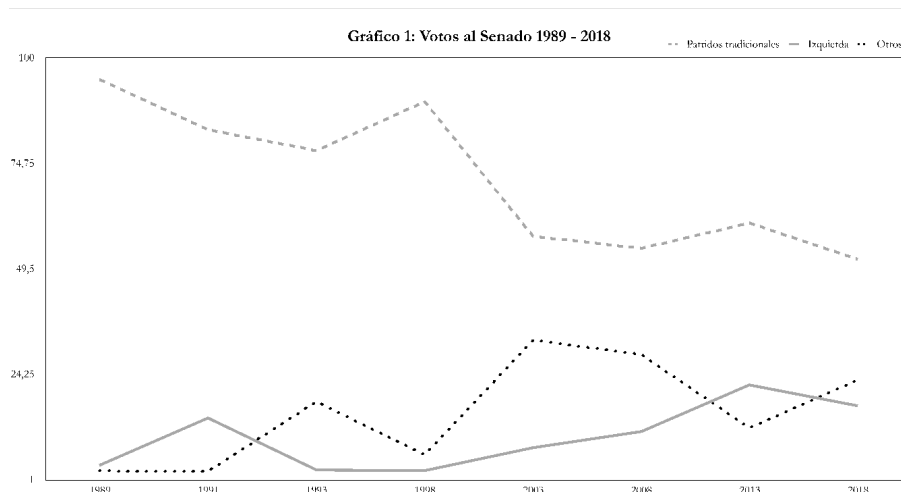
Según la hipótesis de Carlos Malamud (2020), en contra de lo inicialmente previsto, en este trienio no se produjo el vaticinado “giro a la derecha” y lo ocurrido se trataría de un movimiento corrector del previo “giro a la izquierda” de la primera década del siglo XXI, como lo demuestra el triunfo electoral de Arce en Bolivia, el de Boric en Chile y el reciente de Lula en Brasil, para nombrar solo algunos casos. Pero claro está que la región que emergió# de todo este proceso resultó# no solo más fragmentada que en el pasado inmediato, sino también mucho más heterogénea: se puede afirmar que de las quince elecciones realizadas, en siete ganaron expresiones de izquierda o centro izquierda, mientras que en ocho lo hicieron candidatos de derecha o de centro derecha. ¹⁰

En efecto, el legado neoliberal y la persistencia de sociedades fragmentadas y excluyentes en las que se recrea un significativo proceso de individuación constituyen desafíos que aún continúan vigentes para el bloque de izquierda. Si bien se ha avanzado enormemente en el plano de la disputa simbólico-cultural, como la resignificación del lenguaje y de las prácticas políticas, el legado neoliberal no se ha desarticulado. Las políticas antineoliberales no han podido contrarrestar un fenómeno cultural y social de escala planetaria que homogeniza formas de habitar, consumir y experimentar el mundo actual. Parte de este proceso de globalización presente ha permitido consolidar caudales electorales, pero todos los votantes ahora son más volátiles y menos fieles a las identidades partidarias. Existe un “electorado del siglo XXI” que reviste novedades. Así, las encuestas de opinión no “fallan” sólo por su casuística, sino también porque los votantes deciden su voto minutos antes del acto electoral. Entonces, lo primero a tener en cuenta es la heterogeneidad y la volatilidad del voto, aun cuando los partidos conserven, como en Paraguay, cierto arraigo identitario. ¹¹

Hay también transformaciones profundas del capitalismo que, al modificar las formas de producir, también afectan a las formas del sentir. En Paraguay, la nueva matriz del agronegocio ha generado un país con una estructura social más compleja: ¹² debido a la exclusión del acceso a la tierra a los campesinos —a menudo por la vía de la violencia—, ha dejado de ser un país con población mayoritariamente rural y han subido los índices de migración de la población rural hacia las ciudades. No es casual entonces que Lugo, el candidato de centroizquierda que en 2008 derrotó al Partido Colorado tras 60 años en el poder, recogiera el mayor caudal de votos en las zonas urbanas y que Horacio Cartes no hable guaraní. Así, y lejos de la imagen de una ruralidad arcaica, el espacio rural paraguayo ha sido impactado por las comunicaciones y el acceso a flujos de información, lo cual ha generado nuevas subculturas que adquieren una altísima complejidad, en tanto articulan de manera novedosa aspectos tradicionales con nuevos elementos de la modernidad dependiente. En Paraguay, como se sabe, el voto rural tiene cada vez menos peso; el departamento Central registra aproximadamente un cuarto de los votos en cada elección y, junto con la capital, representan cerca del 40 % del total de los votos registrados en las últimas tres elecciones presidenciales.

También los cambios generales por los que atraviesa la representación política clásica en los contextos de globalización involucraron con fuerza a los partidos políticos y al orden político local. Este proceso se hizo aún más visible a partir de la coyuntura específica de marzo de 1999, que abrió paso a un nuevo contexto político de debilitamiento electoral del Partido Colorado y, casi una década más tarde, habilitó el triunfo de Fernando Lugo¹³. Así, todos los resultados electorales hasta la fecha indican que los partidos tradicionales empezaron a dejar espacios cada vez más amplios a nuevas expresiones políticas, que se distinguieron ante todo por programas vinculados a la imagen personal de algún candidato. El dato distintivo, entonces, es la abrupta desafiliación de los ciudadanos de las identidades partidarias. Esto no sólo se manifiesta en el descenso constante de la participación electoral, sino también en un fenómeno muy llamativo para el Paraguay partidocrático: el altísimo porcentaje de electores, en su mayoría jóvenes, que ya no cuentan con afiliación a los partidos políticos. Pero además, son tanto el sector etario (entre 18 y 25 años) con mayor probabilidad de no participar como de cambiar sustancialmente la dirección de su voto de elección a elección (Cabello y Vazquez, 2016). La debilidad de las identidades también es verificable en otros comportamientos electorales: los votos en blanco o nulos pasaron de representar el 3,5 % del total de los votos en el año 2008 a ser el 5,5 % en el año 2013. Como parte de este mismo fenómeno, en las últimas dos elecciones presidenciales, los no afiliados y los menores de 30 años tuvieron una mayor participación, siendo incluso las mujeres las que más se movilizaron. Como se sabe, estos cambios también han afectado el funcionamiento de la burocracia partidaria, que ya no tiene la capacidad de coaccionar a su electorado y deja espacios cada vez mayores a los *outsiders*. O, en sentido estricto, busca *outsiders* para sobrevivir como partido. Y aún cuando la estrategia de la salida de la derecha tecnocrática haya sido reemplazada por el mejor candidato de identidad colorada, la elección presidencial resultó la más ajustada de todo el periodo colorado, con apenas 3,7 puntos de ventaja.

Si miramos con atención el llamativo crecimiento de las formaciones partidarias de izquierda e independientes, vemos que, como venimos sosteniendo, ya no es monopolio de los partidos tradicionales la representación política. En un lúcido trabajo, Ignacio González Bozzolasco y Fernando Martínez Escobar (2019) han demostrado de manera contundente este movimiento político-ideológico del cual queremos dar cuenta. Tímidamente en el 2003 y más decididamente en 2008, muchas organizaciones de la izquierda paraguaya se fueron volcando a la arena electoral, y los números obtenidos en el período comprendido entre 1989 y 2018 indican su sostenido crecimiento a lo largo de la última década y media.



Por todo lo dicho, el triunfo —en votos y en extensión territorial— del empresario Horacio Cartes en las elecciones presidenciales de abril de 2013 exige pensar el acceso al poder, antes que de los colorados, de una nueva burguesía (o la vieja, pero amoldada a los nuevos tiempos) que, como en otros países de América Latina, prueba suerte en el escenario electoral. Lo que gobierna entonces es menos la representación que tenemos del Partido Colorado que una nueva configuración social de las derechas locales.

El coloradismo, en plena crisis, fue así «alquilado» a un empresario cuyo eslogan era no haber participado nunca en política. Al igual que Alfredo Stroessner (1954-1989), Cartes se afilió apenas un año antes de alcanzar la presidencia. Su figura representa el acceso directo de la burguesía al poder, pero además significa la legitimidad de un orden burgués exitoso frente al fracaso del orden reformista que el luguismo había propuesto.

Su postura supuestamente “postideológica” y el lustre de empresario exitoso activaron imaginarios que tuvieron efectos movilizados ante un electorado compuesto por estratos sociales e ideológicos contradictorios: la mayoría de los votantes comenzó a autodefinirse “independiente”. “Yo era colorado pero voté a los liberales” o “Yo soy independiente y voté a Cartes” son expresiones comunes de esta etapa, registradas también en los estudios estadísticos mencionados. Hoy sabemos que un mismo partido puede tener votantes con distintos perfiles, es más, si quiere obtener mayorías que le permitan transformar su programa electoral en políticas y leyes tangibles, en una sociedad con opiniones e ideologías dispares, debe ser capaz de aglutinar a votantes de diferentes sensibilidades políticas.

De este fenómeno no escapa tampoco Mario Abdo Benítez, que intenta dar una batalla contra la tecnocracia cartista extranjerizante apelando a una supuesta identidad sin encarnaduras sociales, sin sujetos, sin partido. Diseña una estrategia que busca traer a los exiliados colorados, a sus élites y a sus burocracias; con la intención de unificar el Partido Colorado, mantiene un discurso sobre el pasado en el que retoma elementos nacionalistas conservadores (como a su turno lo hace Bolsonaro), siempre atractivos en momentos de individualización y crisis, y postula la vuelta a

la “nación grande” (como Trump). Sin embargo, esta estrategia no hace más que demostrar la inviabilidad de su proyecto político y evidenciar la crisis de la cual no logra salir el ANR desde por lo menos el 2008: su propio partido se encuentra fragmentado tanto en la Cámara de Senadores como en la de Diputados entre los legisladores de diversas facciones.

En síntesis, dos proyectos de derechas están en pugna en el partido y ninguno de ellos ha logrado consolidarse como hegemónico ni revertir la crisis partidaria, que, a su vez, es una crisis del funcionamiento de todo el sistema político democrático.

En 2020, el COVID-19 alteró dramáticamente las agendas políticas y puso al capitalismo en una nueva fase de crisis. El “no saber” es la episteme que sintetiza la época. Pero como las crisis son oportunidades, lo que no podemos abandonar son los temas que nos interpelan por nuevos.

Bibliografía

- Ansaldi, W. (2017). Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas. *Revista Theomai*, (35), 22-51.
- Cabello, C. y Vázquez Aranda, V. (2016). *Preferencias electorales en Paraguay: segmentos y patrones de comportamiento*. Asunción: Investigación para el Desarrollo.
- Casullo, M. E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cerna Villagra, S. (2018). Afianzamiento conservador en Paraguay: un análisis de las elecciones de abril de 2018. Bárcena Juárez, S. y otros (Eds.). *Elecciones en América Latina 2017-2019. Democracias locales y nacionales en renovación*. México: Instituto Electoral de la Ciudad de México.
- Giordano, V. Soler, L. y Saferstein, E. (2018). Las derechas y sus raros peinados nuevos. *Apuntes de Investigación del CECYP*, (30), 171-191.
- Goldstein, A. (2020). *Poder Evangélico. Cómo los grupos están copando la política en América Latina*. Buenos Aires: Marea editorial.
- González Bozzolasco, I. y Martínez Escobar, F. (2019). Los procesos político-electorales de la izquierda paraguaya en los 30 años de democracia. *Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 17(68), 55-74.
- Leiras, M., Malamud, A., y Stefanoni, P. (2016). *¿Por qué retrocede la izquierda?* Buenos Aires: Capital Intelectual/Le Monde Diplomatique.
- Malamud, C. (2020). América Latina 2017-2019: un balance del ciclo electoral. *Revista Mexicana de Sociología*, 82(2), 461-471.
- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Perez Talia, M. (2018). Paraguay 2018: entre las continuidades y los cambios posibles. *Observatorio Electoral de América Latina*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Romero, J. L. (1970): *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires: Paidós.
- Rovira Kaltwasser, C. (2014). La derecha en América Latina y su lucha contra la adversidad. *Revista Nueva Sociedad*, (254), 34-45.
- Stefanoni, Pablo (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo*

sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio). Buenos Aires: Siglo XXI.

Svampa, M. (2017). Cuatro claves para leer América Latina. *Revista Nueva Sociedad*, (268), 50-64.

Soler, L. (2020). Populismo del siglo XXI en América Latina. *Estado & Comunes. Revista de políticas y problemas públicos*, Instituto de Altos Estudios Nacionales, Ecuador, 1 (10), 17-36.

Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Luna, J. P., & Kaltwasser, C. R. (Eds.). (2014). *The resilience of the Latin American right*. JHU Press.

Fuentes:

Tribunal Superior de Justicia de Paraguay (Octubre 2020) tsje.gov.py

Notas

- 1 Una versión anterior fue realizada para el programa El progresismo y la izquierda ante la nueva derecha: claves para la región, Friedrich-Ebert-Stiftung (FES).
- 2 Son conocidos los índices que miden el desprestigio que la democracia goza entre los ciudadanos. Sin embargo, esos mismo indicadores dan cuenta de que la democracia sigue siendo el régimen elegido para una convivencia común. No es casual entonces, que todas las dirigencias apelen a ella como fuente de legitimidad.
- 3 Más allá de las intervenciones políticas concretas adoptadas para abordar la pobreza o la desigualdad, todas las formaciones o candidatos debieron sumarlo a sus discursos y plataformas como parte de una promesa social ya conquistada.
- 4 Todos los presidentes de derechas que triunfaron en el escenario latinoamericano provenían de la arena política y, en su condición de empresarios, mantenían vínculos directos con ese mundo; no obstante, apelaron a la “ajenidad”. El caso más paradigmático es el de Horacio Cartes, quien debió afiliarse al Partido Colorado para participar de las primarias.
- 5 Los golpes de estado no son una novedad en la vida política paraguaya. La inestabilidad política y los largos períodos autoritarios son una constante del sistema político desde la independencia (1811) y a lo largo de una historia que incluye dos guerras internacionales: la Guerra de la Triple Alianza (1865- 1870) y la Guerra del Chaco (1932-1935); ello, a pesar de la temprana aparición de ciertos elementos democráticos como las pretensiones universalizantes del derecho al sufragio (1870), los legendarios y duraderos partidos políticos (1887) e incluso el predominio de la élite política sobre la élite militar. El último gran período de inestabilidad se saldó con la larga dictadura de Alfredo Stroessner (1954-1989), que contó con el andamiaje institucional del Partido Colorado y el apoyo de las Fuerzas Armadas. El final del régimen se originó con el derrocamiento del dictador, ocurrido mediante un golpe de Estado encabezado por una facción de ese mismo partido y de las FF.AA. los días 2 y 3 de febrero de 1989.
- 6 Es un término acuñado por el general de la Fuerza Aérea de EUA Charles Dunlap Jr. en el 2001, que se entiende como el uso de la ley como arma de guerra bajo Gobiernos formalmente democráticos.

- 7 Es notoria la convivencia de perfiles conservadores y modernizantes en las experiencias políticas concretas, más allá de lo que se quiere resaltar como novedad. Inclusive el PRO, que era una formación creada por “nuevos políticos” o empresarios que se lanzaban al altruismo del espacio público, terminó gobernando con senadores y representantes del peronismo y el radicalismo, y Mauricio Macri, en la fórmula presidencial del 2018, finalmente apeló a uno de los cuadros políticos más importante del kirchnerismo.
- 8 El financiamiento público para la investigación aplicada es inestable y fragmentado, siendo la consultoría el modo de transferencia de recursos más frecuente entre el Estado y los think tanks. Para un estudio pormenorizado, ver Rocha, Camila (2017). O papel dos think tanks pró-mercado na difusão do neoliberalismo no Brasil. MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales, IV, 7.
- 9 <https://www.hoy.com.py/nacionales/iglesia-pidio-a-anr-que-haga-charla-donde-tildaron-de-feas-y-drogadictas-a> <http://www.nanduti.com.py/2018/03/15/marito-dice-se-sintio-incomodo-la-conferencia-periodistas-argentinos/>
- 10 El autor propone la siguiente clasificación: un presidente de izquierda autoritaria (Nicola#s Maduro, Venezuela), tres de izquierda (Andre#s Manuel Lo#pez Obrador, Me#xico; Alberto Ferna#ndez, Argentina, y Luis Arce, Bolivia), tres de centroizquierda (Carlos Alvarado, Costa Rica; Nito Cortizo, Panama#, y Leni#n Moreno, Ecuador), tres de centroderecha (Nayib Bukele, El Salvador; Sebastia#n Pin#era, Chile, y Luis Lacalle Pou, Uruguay), cuatro de derecha (Alejandro Giammattei, Guatemala; Juan Orlando Herna#ndez, Honduras; Iva#n Duque, Colombia, y Mario Abdo Beni#tez, Paraguay) y uno de extrema derecha (Jair Bolsonaro, Brasil).
- 11 Los longevos partidos políticos paraguayos fueron protagonistas centrales de la vida política. Hasta el triunfo de Fernando Lugo, todos los presidentes pertenecían al Partido Colorado o al Partido Liberal.
- 12 Luego de varios ensayos económicos fracasados, Paraguay comenzó a atravesar una transformación radical de su matriz productiva. Esta transformación tiene sus bases en el fortalecimiento de una economía de enclave vinculada a la exportación de energía eléctrica, soja, carne vacuna y pieles. En términos históricos, a partir de la mitad de los años 1990 y bajo la presidencia del entonces empresario Juan Carlos Wasmosy (1993-1998), cobró impulso expansionista la soja, que adquiere nuevas características a partir de 1999 con el ingreso de las semillas transgénicas, preludio para la consolidación del agronegocio.
- 13 El triunfo de Lugo en 2008 y la salida del Partido Colorado del Gobierno se inscriben en la caída tendencial de los candidatos presidenciales de ese partido desde 1992. En rigor, diferentes facciones y líneas internas del Partido Colorado ensayaron soluciones a la crisis desatada por la caída de Stroessner para mantener al coloradismo en el poder; la más consolidada de esas tendencias fue la ruptura partidaria que encabezó Lino Oviedo, que conformó la Unión Nacional de Ciudadanos Éticos. Probablemente por su origen militar, Oviedo fue el único de los políticos colorados (aunque en este caso disidente) que pudo mantener su liderazgo hasta su muerte, ocurrida en un accidente aéreo en 2013.